

Balance de prueba

(La palabra mágica)

A pesar de que el activo logrado al través de un largo proceso de incorporación, desarrollo, acomodo, formato democrático de sólidos contornos, obra material a base de "prestado", cultura horizontal amplísima y vertical endeble, que suma todo un respetabilísimo activo, es obligación fijar la vista para ir recogiendo aquellos factores que han de figurar en el pasivo. Si con paciencia y un garabato lo lográramos, podría sernos fácil el determinar si el saldo fue benéfico o de esos que se escriben con tinta roja.

Cuál ha sido el objetivo que se propone alcanzar el gaceticero con un resumen tan circunspeto, como el que ha publicado en tres artículos de escasa medra y enjundia pobre. Esta pareciera ser la pregunta que, de puro madura cae del árbol lógico y sintetizante de nuestro quehacer histórico. Vamos a contestarla en la más breve forma que nos sea dado conseguir. Lo que se persigue —y ello no significa "a priori" que se alcanzará— es recordar a los jóvenes de hoy la ya imposterable declaración de que la Patria existía desde su buen rato largo, antes de que ellos tuvieran la fortuna de abrir los ojos. Estamos tratando de decir, como se lee engorrosamente, que es "falsa de toda falsedad" la creencia, muy generalizada por cierto, de que la Patria comenzó a ser, a existir y a servir, desde que los jóvenes de ahora salieron del marasmo de la niñez y se encararon con la posibilidad de hacer una "verdadera y útil patria", y no lo que los viejos habían hecho, sin previa consulta con ellos.

La patria no fue una entelequia, sino una paila hirviente de melaza a buen punto.

Las personas que asistimos a los últimos años del Siglo XX, hemos tenido la fortuna de presenciar los más espectaculares casos "sui generis" de que haya memoria en los anales de la historia del hombre, desde el mandril hasta el niño que nació ayer.

Estos hechos tan originales y abracadabrantes son en suma, las secuelas que han dejado en el país los aportes "revolucionarios". Nadie niega que en la mayoría de los progresos impuestos de arriba hacia abajo, ha existido una fe en el futuro, un espíritu patriota, un deseo de probar y establecer sistemas nuevos, con el propósito de mejorar si ello fuera posible, el establecimiento habitual. Descartamos, de ya, la idea de que tales innovaciones no tengan una raíz profundamente sana, una mira totalmente idealista y una esperanza de hacer un bien a la patria. Pero la verdad inexorable e implacable, es que nos hemos hecho más ricos, ostentosos, progresistas, representativos, más equitativos, pero hemos perdido nuestro "patrón de conducta". Leído así, de pasada, el asunto es nimio. Y quizás lo sea, en verdad. Pero, un trabajo de esculcar, una labor de análisis sobre fenómenos que nadie se explica, nos irán conduciendo a la dolorosa verdad de que la pérdida del "patrón de conducta", ha deteriorado nuestro "espíritu nacional", y eso, ya, aunque no lo parezca, comienza a tener una gravedad que debe meditar cada ciudadano, si es hombre preocupado por la salud de su madre total y universal: la patria.

Aunque a simple vista parece que nada tiene que ver el "patrón de conducta" con el "espíritu nacional", tenemos mucho que, poniéndole las manos al asunto, pronto comenzaremos a ver la ilación que subterráneamente une ambos fac-



José Marín Cañas

tores hasta el punto de descubrir, que ya sea por la pérdida de uno, que se daña el otro, como ya sea que por el deterioro del otro viene a perderse el uno, ambos a dos, están tan unidos, casi, como lo podrían estar dos hermanos siameses.

Si decimos que estamos perdiendo nuestro "patrón de conducta", suena a enunciado academicista; y por ello, pierde importancia. Pero si abrigamos la esperanza de demostrar que el deterioro del "espíritu nacional" es evidente, entonces, séase por lo uno o por lo otro, ya no se trata de un vocablo de las Academias, sino de una peligrosa realidad nacional.

Durante el primer tercio del siglo, es innegable, que nuestra sociedad tuvo como mira dos vertientes: cimentar con máxima solidez las instituciones que vertebrarían el vivir de nuestra joven república; y, tesoneramente, trabajar por la educación del pueblo. Cuando don Mauro cierra, en 1888 la "Universidad de Santo Tomás", lo que está haciendo es darle fin a la cultura de minorías, para traspasar el esfuerzo a la cultura horizontal de todo el conglomerado costarricense. La visión es de genio. El intelectual no tendría ya dónde estudiar latín, pero el obrero y el campesino sí tendrían dónde aprender a leer. El cambio de la cultura vertical por la horizontal, demuestra, irremediablemente, que los viejos del pasado siglo tenían los zapatos en el santo, duro y confortable suelo. Los resultados no pudieron ser mejores: Costa Rica tuvo una población culta, aunque nuestro campesinado supiera apenas leer y hacer sumas y restas con los dedos. Esto incorporó a la patria una masa consciente y excitante, lista para mayores empresas. El juego de esa cultura y de esa solidez de nuestras instituciones, constituyen, sin debate posible, el más acertado para orientar una sociedad total hacia un perfeccionamiento en su "patrón de conducta" y, como corolario inmediato, de su "espíritu nacional". Ambos factores llegaron a una máxima expresión en todas las actividades nuestras. Bien es verdad, que no salimos nunca de pobres, pero la verdad es que no se trataba de ello, y menos, de hacernos ricos. Nos bastaba con ser respetados y admirados. Han pasado muchos años, y como el que cría fama se puede comprar un colchón "Luna", así se hizo, aunque Ud. no lo crea.

Cuando se debilitan las normas de un "patrón de conducta", los primeros que se adhieren con entusiasmo al nuevo sistema, son los jóvenes. Este fenómeno es lógico, pues la juventud siempre es dada a saltarse todas las barreras, ya que es la edad propensa para los juegos atléticos, desde el trampolín hasta la burra. Tras de los jóvenes, siguen los menos jóvenes, y en un abrir y cerrar de ojos, todo el patrón queda hecho un guiñapo.

Podemos "a priori" aventurarnos en el deterioro de los "patrones" tradicionales. Y comenzaremos por donde "más preste comodidad" —según dicen nuestros campesinos dándole vueltas a la mula chúcara.

Nuestro patrón de conducta en la política se reducía a votar, sin nexos alguno con el candidato, por el hombre que a juicio propio reunía las virtudes para ser el "Don". Ni egoísmo, ni codicia, ni pingües ganancias esperábamos del voto. Era una actitud total, integral y formalmente desinteresada. Se pensaba en la patria. El patrón de hoy, dados los cambios de la sociedad, de las formas políticas y de los métodos avanzados, hace que votemos por el que "más ofrezca en beneficio de la clase en la que venimos actuando". Ya no es un juicio crítico de las virtudes, sino un examen de las ventajas. No pensamos en la Patria, sino en nosotros. El duelo entre los postulantes no es un balance de virtudes, sino una competencia de ofertas. La dialéctica impone estos cambios. Es innecesario calificarlos. El cambio existe y es real. No será ni mejor ni peor. Es, escuetamente, diferente.

En el campo educacional, a la mayor amplitud de los estudios superiores, por inopia, baja el nivel de los secundarios. Con pleno acierto, "Do re mi" resalta este "handicap" de extrema gravedad. El estudio superior flaquea desde antes de su comienzo. El estudiante se siente defraudado en la media y en la superior. Su patrón de conducta, que fue de admiración y respeto, se trueca en rebeldía y protesta. Es otro "patrón de conducta" altamente deteriorado.

En el campo familiar, el "patrón de conducta" está decisivamente deteriorado. Los hijos exigen que sus padres los comprendan; invocan cuando los padres hablaban con los hijos. Los viejos sabemos que los padres no fueron nunca una ortofónica sermoneadora. El padre hablaba por su conducta que era el ejemplo de sus hechos. La relación de respeto y admiración, base fundamental del hombre, se ha perdido en muy alarmante proporción, y aunque el daño no es general, sí es muy alto. El "patrón de conducta familiar" constituye el secreto de la fuerza creadora de un pueblo. Si esa raíz se pudre, bien pronto el embate de los vientos pulveriza y avienta los residuos del hogar desmoronado. Hay que creer en Dios, más por necesidad espiritual y física, que por emoción religiosa. Lo mismo ocurre con la jerarquía paterna. Sin tener esa base sólida, el hombre es un barco sin ancla, o un avión sin amarra: está a merced de los elementos.

Estos cambios de "patrones de conducta", que son los más relevantes, han hecho diferente el tenso, aguerrido, estoico "espíritu nacional" de otrora. Existen dos formas de actuar en la lucha fragorosa de la vida: "Se clava el clavo y se espera a que sea remunerado el trabajo; o se hace el "vale", antes de clavar el clavo". La primera fórmula es conservadora. La segunda, actual. Al adoptar ésta, el "espíritu nacional" pierde sus mejores características y un afán de lucro se desata como caballo desbocado. La culpa de eso fue el cúmulo de derechos repartidos.

(PASA a la Pág. 16).

BALANCE DE PRUEBA

(VIENE de la Pág. 15).

dos al óleo, sin el requisito de ser conquistados, uno a uno, por esfuerzo propio.

En las dos actividades máximas del país, la política y el fútbol, es donde podemos pulsar, vivo y sangrante, el deterioro de nuestros "patrones de conducta". Un pueblo que se debate en angustiosa escogencia entre múltiples nombres, no es un bello ejercicio democrático, sino un espectáculo de confusión, desilusionante y amargo. Nuestro prestigio político, se afincaba en la sobriedad del trazado electoral.

Nuestra fama deportiva, estribaba en la garra de nuestros equipos victoriosos por su coraje. Hoy, quizás más virtuosos, somos menos desinteresados. No busquemos las menudas razones de la caída. Es una sola: lo que se aflojó como un chuica mojado, fue el "espíritu nacional", deteriorado desde hace años por el sistema político en boga, sobornador, compadrero y maternal.

Del viejo "espíritu", perdimos los "buenos modales" y nos quedó —¡a Dios gracias!— la generosidad ante el infortunio de aquellos a quienes no conocemos. La prueba está a la vista hoy.